

## NI OVEJA, NI LOBO

Gila Golan es el pseudónimo de una popular artista cinematográfica, cuyo nombre real ni ella misma conoce. Su primera infancia se pierde en el triste torbellino de la Segunda Guerra Mundial en Polonia. Lanzada como un meteoro a la luminosidad pública de la pantalla, declaraba no hace mucho a los periodistas: "No tengo tiempo para preguntarme a mi misma quién soy yo. Estoy demasiado ocupada en tratar de ser Gila Golan." "No es nuestro papel juzgar este caso concreto. Pero pensamos que, en la dialéctica individuo-sociedad, Gila Golan ha escogido uno de los extremos. La persona, en el sentido de Jung, como careta, como función social, se ha hecho carne y vida. La balanza se ha inclinado hacia la sociedad.

Creo que fue en "Huis clos" donde Sartre señaló con precisión psiquiátrica el otro polo de la cuestión: "Para el hombre, el infierno son los otros hombres." Y, claro está, a nadie se puede obligar a aceptar un infierno. Los lobos solitarios nacen de esta visión pesimista de la sociedad: individuos empeñados en conservar su independencia absoluta, de romper todo lazo comprometedor, ante el miedo de ser consumidos por una sociedad absorbente —y la nuestra lo es.

El dilema de socialización, o individualismo se le plantea ruda, aunque tal vez incoscientemente, a todo hombre que tiene que empezar a vivir su vida. ¿Cómo integrar a la sociedad, en tantos casos absurda y esquematizada, una individualidad apenas naciente? El joven vislumbra muy claramente los extremos de la cuestión, pero los absolutiza: o sacrificar las cualidades personales a una sociedad exigente, o rebelarse y custodiar celosamente la propia individualidad, mediante una ruptura total. En un caso, tenemos al funcionario masa. En el otro, al rebelde problemático (¿con qué derecho afirmamos que "sin causa"?).

La verdad es que, tal vez, al joven no se le haya explicado suficientemente lo ambiguo del problema. Porque si bien es cierto que la tensión entre individualismo y socialización existe, también es verdad que individuo y sociedad se constituyen precisamente por esa tensión. Ni sociedades sin individuos sumamente personas, ni individuos desintegrados de la sociedad. Una verdadera sociedad nunca debe anular las individualidades; debe más bien integrarlas, ya que necesita de ellas para su progreso. Pero tampoco el individuo hará fructificar sus cualidades si no las inserta en un esquema axiológico humano. Absolutizado el individuo o la sociedad, se produce el estancamiento. Sólo se da el progreso cuando hay una tensión entre individuo y sociedad. En otras palabras, cuando el individuo sabe asimilar los valores sociales, pero sabe también crear y avanzar a partir de ellos.

La sociedad necesita personalidades —no meras individualidades—, y la personalidad es una individualidad integrada. El problema surge en el momento de la inserción en la sociedad de nuestra individualidad. Que, en otras palabras, es el núcleo del problema vocacional. El individuo se integra a la sociedad por medio de su vocación. Mas, por desgracia, son tal vez demasiado pocos los jóvenes que cultivan seriamente un ideal en función de sus capacidades —que eso viene siendo la vocación. Y, ante la dificultad, se produce el abandono. Porque dejarse arrastrar por la sociedad— "Soy quien quieren los demás que yo sea"—, o rebelarse totalmente contra ella —"soy quien soy, no quien debo ser"— son dos formas de huida, pero huidas al fin y al cabo.

Ni lobo solitario, ni oveja masificada. El camino está en una integración de nuestras cualidades en la sociedad, por el injerto luminoso de la vocación. Entonces si adquiere valor la afirmación teilhardiana de que la verdadera unión personaliza, no aniquila.

LIC. IGNACIO MARTIN BARO, S.I.

"El Mundo"

4-Junio-1967